

# Historias de un largo caminar



**ONP**  
Oficina de  
Normalización  
Previsional



**ASEDH**  
Asociación Educativa para el Desarrollo Humano

# Perdido en Sochi

Juan García

Joaquim era un hombre tranquilo y de carácter condescendiente, siempre repetía para sí mismo una frase cliché que alguna vez escuchó y la hizo suya, “afortunado en el juego, desgraciado en el amor“. Su vida estaba plagada de hechos tormentosos, pero cuando de jugar a la suerte se trataba, esta siempre le sonreía. Como cuando a sus quince años invitó a su enamoradita al cine, otra quinceañera como él y le llevó un chocolate de marca Taormina. Y eligió esa marca porque había escuchado por la radio San Cristóbal que había un concurso que premiaba a los que enviaban la envoltura de dicho chocolate con nombre y dirección a las ánforas que estaban en la radio. Así que ni corto ni

perezoso al siguiente día fue llevando las etiquetas y a esperar el día del sorteo. Enorme fue su sorpresa cuando escuchó su nombre entre los ganadores, el premio era 100 soles de esa época. Pero con lo que no contaba Joaquim era que a los pocos días su enamorada lo dejaría por un muchacho mayor, algo que siempre recreaba en sus noches de insomnio, ya no con la pesadumbre de ese momento, sino que le hacía gracia recordarlo a sus ochentaitantos años.

Y esta noche del 16 de mayo del 2018 no iba a ser la excepción...

Eran ya más o menos las 10:30 de la noche, y aunque medio dormitado, consiguió oír el tono de su celular que estaba en una silla cercana a su cama. El sonido lo sobresaltó, y entonces vio en la pantallita el nombre de su amiga Lorena, hizo click y escuchó la exclamación estridente de su amiga: “¡¡Joaquim, te ganaste el viaje a Rusia para ir al Mundial!!”. No podía creer lo que escuchaba y pidió a su amiga que se deje de bromas, pero ella no dejaba de repetir que él ganó en el sorteo *Vámonos con Gloria de canal 4 tv*. Luego entró otra llamada de una sobrina con la misma noticia, y así otras llamadas de familiares y amigos que habían visto el programa se repitieron hasta el amanecer.

Entonces Joaquim recordó que había un grupo familiar que se dedicaba a mandar cartas en cuanto sorteo había, y a él, como era un hombre de suerte, le habían tomado el nombre para colocarlo en las envolturas.

Eso no era raro en él, y fue así como sin mover un dedo su ganó muchos premios... y por ellos le caía su comisión. Pero esta vez el premio era un muy gordo y sobrepasaba a cualquier expectativa. Y entonces es así que al siguiente día fue llamado a una reunión familiar para ver el asunto. En la reunión lo felicitaron por la suerte, pero le pidieron que renunciara al mismo a cambio de un televisor de pantalla plana de 42 pulgadas.

El buen Joaquim quedó en responder al siguiente día, pero en su fuero interno él quería hacer uso de ese viaje porque era un paquete para dos personas, además era el viaje soñado para el común de los aficionados al fútbol.

Lleno de dudas llegó a su casa y contó esto a su hija y nieta, y fue la nieta Esther la que exaltada llamó a su tía Sandra que era entendida en leyes por su profesión, la que también exclamó con grosería incluida que no renunciara porque era su derecho y además se había tomado su nombre inconsultamente.

Por este motivo y ante el tira y afloje entre la familia, Joaquim dejó en manos de su nieta y sobrina arreglar este problema, porque la otra parte ya estaba insistiendo para que vaya a hacer el endose. Por otra parte, Gloria invitó a Joaquim para estar presente en el último sorteo que en breve se iba a realizar.

Luego de algunas escaramuzas, la otra parte cedió y llegaron a un acuerdo por el que el otro pasaje se substaría entre los familiares que den más dinero para

repartir a los que habían hecho posible este premio, y fue precisamente Walter, el esposo de la nieta, el que ofreció más. Y como ya se vencían los plazos para la tramitación y Gloria apremiaba para inscribir al acompañante de Joaquim, no quedaba otra.

Walter era un muchacho formal, parco y reservado. Además, era casi nuevo en la familia; recién llevaba cuatro años de matrimonio con la nieta. Y fue la nieta y la hija las que encomendaron a Walter cuidar de Joaquim.

Joaquim y Walter están ya ubicados en sus asientos del avión de Latam que los llevaría hasta Barcelona y de allí a Moscú. El grupo consta de 18 personas que todavía no se conocen entre sí. Hay que mencionar que el gran problema para Joaquim iba a ser el tiempo que tomaban los controles y acreditaciones en hoteles y aeropuertos, pues Joaquim tenía una dolencia en la pierna que le impedía estar de pie mucho rato. Además del trajín de desplazarse de una estadio a otro cada vez que jugaba Perú y que significaba ir en avión ida y vuelta.

Es así que llegaron a Moscú cerca de la medianoche del 13 de junio, y ese arribo marcaría el inicio de la danza de trajines que debía asumir durante los próximos 16 días. Allí nomás, recién llegados al aeropuerto debían esperar por su maletas para luego dirigirse al hotel que estaba a hora y media, después el engorroso trámite de la acreditación en el mismo hotel hizo que recién fueran a las habitaciones a las 3 de la mañana, y apenas una

hora después, ya el sol se colaba por las ventanas, pero el entusiasmo del viaje lo compensaba todo.

Ya es madrugada del 16 de junio y hay que partir pronto para sortear todas las acreditaciones y tener el tiempo suficiente para ir al estadio y ver el debut de Perú. Salimos a las 4 de la mañana y después de dos horas aterrizamos en Saranz. Y luego de abandonar el aeropuerto y sus previsible demoras por los chequeos, llegó el corto paseo mientras van camino al hotel. Lo bueno aquí es que el estadio estaba frente al hotel. Y por eso, llegado el momento del partido, la breve y calmada caminata fue más que placentera. Oh, sorpresa, luego de la verificación de las entradas, Joaquim y Walter fueron invitados a pasar a un salón donde había un bufete para todos los gusto con mucha comida, bocaditos, cerveza y vino.

No hubo suerte, perdió Perú y Cuevita se hizo famoso por fallar un penal que hubiese cambiado la historia. Golpeados todavía por la derrota, ahora debían emprender el regreso a Moscú y esperar el siguiente partido. Mientras tanto visitar la Plaza Roja, donde está la catedral de San Basilio y el imponente edificio del Kremlin y la tumba de Lenin.

Se aproximaba el partido con Francia en Ekaterimburgo. A ellos les parecía que esa ciudad estaba más cerca porque llegaron a las 9 de la mañana. El partido era a las 5 de la tarde. Aquí les tocó un asiento muy lejos y alto, por lo que tuvieron que ver el partido de pie. Joaquim fue el más afectado por sus dolencias. Y encima, nuevamente

perdió Perú y se esfumó la chance de clasificar. Con la desazón sobre sus hombros, salieron del estadio y los agarró una torrencial lluvia, pero ya sabían donde tenían que esperar el carro que los transportaría al aeropuerto, y así lo hicieron; tomaron el vuelo de retorno a Moscú.

Ya en la capital de Rusia, solo quedaba prepararse para el último partido que sería en Sochi, ciudad ubicada a orillas del Mar Negro, en la parte asiática de Rusia. Pero antes de viajar, disponían de dos días para hacer compras. Y las hicieron en un castillo muy colorido —como muchos que habían avistado al pasear por las calles de Moscú—, con la particularidad de que al costado de este castillo que se llamaba Izmailovo había unos puestos de venta como un Polvos Azules ruso, donde había de todo para comprar y que estaba abarrotado de turistas deseosos de llevar las novedades que allí se ofrecían. Pronto debían partir con el grupo para el último partido de la selección peruana, tenían que dirigirse hacia el aeropuerto de Domodoevo para viajar a Sochi. Llegaron de mañana y se instalaron en el hotel. Hubo tiempo de pasear por la playa que estaba bajando del hotel y apenas a unos 15 minutos de él. Joaquim no perdió la oportunidad y bien a la ropa de baño se dio un chapuzón en las aguas del mar Negro. Y mientras él se bañaba, Walter no dejaba de tomar fotos. Volvieron al hotel y apenas un rato después salieron en busca del almuerzo acompañados por otras dos parejas del grupo. Los restaurantes eran de lujo y no había cómo preguntar por la carta ni los precios, así que decidieron ir al centro de Sochi. Para eso tomaron el bus que les habían recomendado, la S25. La cual en 15 minutos los llevaría

al centro de Sochi. Y allí se encontraron con muchos peruanos y encontraron un restaurant a la medida de su economía. Almorzaron y pasearon un poco por los alrededores, pues pronto tenían que estar en el hotel para a las 3 partir hacia el estadio.

Sochi es una costa inmensa, y en ella hay una avenida costanera que la recorre a lo largo. El centro de Sochi es como decir Lima Cercado, el hotel estaba en la distancia de Barranco y el estadio en Cañete.

El bus que los transportó demoró 2 horas en llegar al estadio después de seguir el mismo ritual de los anteriores estadios: ir al bufete, buscar la puerta, las butacas... pero nada alejé a la dicha: Perú ganó 2 a 0 a Australia.

Saliendo del estadio, Walter dijo que el refrigerio que daba la empresa le “había quedado chico”. Y por más que iban de una lado a otro en busca de comida, nada encontraban. Y entonces, para no aburrir a Joaquim, Walter le dijo que esperara mientras él iba a buscar algo de comer. Como Walter demoraba, Joaquim fue en su búsqueda. No lo halló, entonces decidió regresar al sitio. Esperaba infructuosamente, Walter no aparecía y en ese momento Joaquim resolvió que era mejor ir por su cuenta en busca del bus y ya después se reencontrarían en el hotel o en los buses que la empresa contrató para movilizar al grupo. Ya los rayos del sol se iban esfumando, eran cerca de las nueve y el partido había terminado a las siete. Así las cosas, Joaquim decide regresar a la entrada principal del estadio donde todavía había gente y algunos ómnibus del servicio público que se desplazaban en todas

direcciones. Encontró unos guías que querían ayudarlo, pero por el idioma no se podían entender. Entoces apareció una chica guía que sí hablaba español. Esto fue un alivio para él. Ella le indicó que para ir a Sochi debía tomar el bus de número S25, que se desplazaba de sur a norte. Y eso hizo, abordó una S25. Se sintió muy tranquilo al notar que en el bus habían muchos peruanos. Les contó su problema y le dijeron que Sochi estaba muy lejos y que ese bus iba primero a otra ciudad, pero de que llegaba a Sochi, llegaba. Ahora había otro problema, no sabía dónde tenía que bajarse ni recordaba el nombre del hotel. El ómnibus iba avanzando y Joaquim veía con preocupación como uno a uno los pasajeros peruanos se iban bajando. Él tenía una tarjeta del hotel que solamente servía para acceder a la habitación, pero no tenía nombre. Los únicos datos que allí aparecían eran dos números de teléfono. Joaquim le enseñaba la tarjeta al chofer del bus, pero este poco podía hacer porque no podía adivinar el nombre del hotel. El tiempo iba avanzado y le aconsejaron los pasajeros que le dijera al chofer que lo dejara en una estación de taxis. Eso hizo. Se acercó a un taxista y le enseñó la tarjeta del hotel, pero esa estrategia seguía siendo de poca o nula ayuda por la misma razón; no había nombre alguno. Finalmente el taxista le hizo señas para que suba y Joaquim pudo entender que le decía que lo llevaría a Sochi. Llegaron y allí mismo fue a otra estación de taxi mostrando siempre su tarjeta como única elemento orientador. Uno de los taxistas se animó a llamar al teléfono que allí aparecía, pero definitivamente no era el día de Joaquim: una operadora contestó diciendo que ese teléfono no existía.

Ya al borde de la desesperación, Joaquim recordó un nombre que le llamó la atención en la recepción del hotel y que para él dicha palabra no tenía los caracteres del idioma ruso: Lazurnaya. Y entonces eso pronunció y el taxista de inmediato exclamó: “¡¡Lazurnaya, da, da!!” El taxista le hizo señas para que suba nuevamente al carro, y ¡uf!, este arrancó. Parecía arreglada la situación, pero no era tanto así porque el taxista lo paseó por unos caminos extensos que incluían túneles, pasos a desnivel, carreteras oscuras rodeadas de bosques... Y Joaquim empezaba a sudar frío, esperando lo peor, pero después de más o menos una hora el taxi entró en la rampa del hotel, donde el grupo de los responsables del viaje lo esperaban. Ya aliviados por su aparición, no les preocupó pagarle al taxista los 2000 rublos que este cobró y que era algo así como 40 dólares.

Parece que en todas las ciudades del mundo los taxistas tienen la mala costumbre de pasear a los foráneos para ganarse algo más. Pero pese a todas las vicisitudes, este viaje será inolvidable para Joaquim, del que salió bien librado por esa suerte que siempre lo acompañó... desde su nacimiento.